

## LA ÚLTIMA LECCIÓN

Randy Pausch

1

Un león herido todavía quiere rugir

Muchos profesores dan charlas tituladas «La última lección». Tal vez hayáis presenciado alguna.

Se ha convertido en un ejercicio habitual en los campus universitarios. Se les pide a los profesores que se enfrenten a su desaparición y mediten acerca de lo que consideran más importante. Y mientras hablan, el público no puede evitar plantearse siempre la misma pregunta: ¿Qué le enseñaríamos nosotros al mundo si supiéramos que es nuestra última oportunidad de hacerlo? Si tuviéramos que desaparecer mañana, ¿qué querríamos dejar como legado?

Durante años Carnegie Mellon organizó un «Ciclo de últimas lecciones». Pero cuando los organizadores me propusieron participar, habían rebautizado el ciclo con el nombre de «Viajes» y pedían a los profesores seleccionados que «reflexionaran acerca de su trayectoria personal y profesional». No me pareció la más apasionante de las descripciones, pero acepté la propuesta. Me hicieron hueco para septiembre.

Por entonces ya me habían diagnosticado un cáncer de páncreas, pero era optimista. Quizá me encontrara entre los pocos afortunados que logran sobrevivir.

Mientras yo recibía tratamiento, los encargados del ciclo de conferencias no paraban de enviarme correos electrónicos. Me preguntaban de qué pensaba hablar o me pedían que les mandara un resumen. El mundo académico implica ciertas formalidades imposibles de eludir, ni siquiera si uno está ocupado en otros asuntos como, por ejemplo, intentar no morir. A mediados de agosto me informaron de que había que imprimir un cartel de la conferencia y que, por tanto, debía elegir el tema.

Sin embargo, esa misma semana recibía la noticia de que el último tratamiento no había funcionado. Solo me quedaban unos meses de vida.

Sabía que podía cancelar la charla. Todos lo entenderían. De pronto, tenía que ocuparme de otras muchas cosas. Tenía que enfrentarme a mi dolor y la tristeza de los que me querían. Tenía que dedicarme a poner en orden los asuntos de la familia. Y no obstante, pese a todo, no me quitaba de encima la idea de dar la conferencia. Pensar en dar una última lección que de verdad fuera la última me llenaba de energía. ¿Qué podía decir? ¿Cómo sería recibida? ¿Sería capaz de soportarla?

Le conté a mi mujer, Jai, que podía echarme atrás, pero que quería seguir adelante.

Jai (pronunciado Yei) siempre había sido mi animadora particular. Cuando yo me entusiasmaba por algo, ella también se entusiasmaba. Pero esta idea de la última lección

le despertaba cierto recelo. Acabábamos de mudarnos de Pittsburgh al sureste de Virginia para que a mi muerte Jai y los niños estuvieran cerca de la familia de mi mujer. Jai consideraba que yo debía pasar el poco tiempo que me quedaba con los niños o arreglando la

Logan, Chloe, Jai, yo y Dylan.

casa nueva en lugar de dedicar mis horas a preparar la conferencia y volver luego a Pittsburgh para dar la charla.

«Llámame egoísta —me dijo—, pero lo quiero todo de ti. Cualquier rato que pases trabajando en esa conferencia será tiempo perdido, porque será un tiempo que pasarás lejos de los niños y de mí.»

Comprendí lo que se proponía mi mujer. Desde que había enfermado, me había prometido a mí mismo respetar los deseos

de Jai. Consideraba mi misión hacer cuanto estuviera en mi mano por aliviar el peso que mi enfermedad había traído a su vida. Por eso pasaba gran parte de las horas del día poniendo en orden el futuro de la familia sin mí. Con todo, no lograba quitarme el gusanillo de dar esa última conferencia.

A lo largo de mi carrera académica he dado algunas conferencias bastante buenas. Pero que te consideren el mejor conferenciante de un departamento de ciencias informáticas es como alcanzar la fama por ser el más alto de los Siete Enanitos. Y por entonces sentía que todavía me quedaban muchas cosas dentro, que si ponía todo mi empeño, tal vez fuera capaz de ofrecerle a la gente algo especial. «Sabiduría» es una palabra demasiado fuerte, pero se acerca a la que busco.

A Jai seguía sin gustarle la idea. Al final planteamos la cuestión a Michele Reiss, la psicoterapeuta a la que acudíamos desde hacía unos meses. Está especializada en ayudar a familias en que uno de los miembros se enfrenta a una enfermedad terminal.

«Conozco a Randy —le dijo Jai a la doctora Reiss—. Es un adicto al trabajo. Sé exactamente cómo se comportará en cuanto empiece a preparar la conferencia. Le consumirá todo su tiempo.» Para Jai la conferencia significaría una distracción innecesaria ante la abrumadora cantidad de asuntos con los que teníamos que lidiar.

Otra cuestión que preocupaba a Jai: para dar la charla tal como estaba programada, me vería obligado a volar a Pittsburgh el día antes, día en el que mi mujer cumplía cuarenta y un años. «Es el último cumpleaños que celebraremos juntos —me dijo Jai—. ¿De verdad piensas dejarme sola el día de mi cumpleaños?»

Ciertamente la perspectiva de dejarla sola ese día me resultaba dolorosa. Y sin embargo, no me sacaba la conferencia de la cabeza. La consideraba el último eslabón de mi carrera, una forma de despedirme de mi «familia laboral». También me descubrí fantaseando acerca de una última lección que fuera el equivalente en oratoria al lanzamiento de un bateador antes de retirarse que dispara la bola a las gradas más altas. Siempre me había gustado la escena final de El mejor, cuando Roy Hobbs, un jugador de béisbol maduro y ensangrentado, consigue un milagroso home run.

La doctora Reiss nos escuchó a los dos. En Jai, aseguró ver a una mujer fuerte y afectuosa que había soñado con pasar décadas construyendo una vida plena junto a su marido y criando a los hijos hasta que fueran adultos. Ahora nuestras vidas habían

quedado reducidas a unos pocos meses. En mí, la doctora Reiss vio a un hombre que todavía no estaba preparado para retirarse del todo a una vida familiar ni, desde luego, para subirse al lecho de muerte. Me limité a contestarle lo siguiente: «Esa charla será la última oportunidad de verme vivo para mucha gente a la que aprecio. Tengo la ocasión de pensar en las cosas que más me importan, de cimentar la manera en que seré recordado y de marcharme haciendo algo bueno».

La doctora Reiss nos había visto más de una vez sentados juntos en el sofá de su consulta, abrazándonos con fuerza y llorando. Nos dijo que era consciente del gran respeto que nos profesábamos mutuamente y que a menudo la había conmovido enormemente nuestro empeño en pasar bien el tiempo que nos quedaba juntos. Pero creía que ella no debía inmiscuirse en si debía dar esa última lección. Eso tendríamos que decidirlo nosotros

solos, y nos animó a escucharnos de verdad el uno al otro para así poder tomar la decisión adecuada para ambos.

Dadas las reticencias de Jai, yo sabía que debía analizar honradamente mis motivaciones. ¿Por qué me importaba tanto la conferencia? ¿Era un modo de recordarme y de recordar a los demás que todavía seguía vivo y coleando? ¿Un modo de demostrar que todavía tenía la fortaleza necesaria para llevarla a cabo? ¿Sería la necesidad por parte del amante de un último alarde? La respuesta a todas las preguntas era sí. Como le dije a Jai: «Un león herido todavía quiere rugir. Es cuestión de dignidad y autoestima, que no son lo mismo que la vanidad».

Además, entraban otros factores en juego. Había comenzado a considerar la charla un medio que me permitiría adentrarme en un futuro que no llegaría a ver.

Le recordé a Jai la edad de nuestros hijos: cinco, dos y uno. Le dije: «Mira. Dylan, con cinco años, supongo que de mayor tendrá algunos recuerdos de mí. Pero en realidad, ¿qué recordará? ¿Qué recordamos tú y yo de cuando teníamos cinco años? ¿Se acordará Dylan de que jugaba con él o de las cosas que nos hacían reír? En el mejor de los casos, será un vago recuerdo.

»¿Y Logan y Chloe? Puede que no recuerden nada. Nada. En especial, Chloe. Y ten por segura una cosa, cuando los niños crezcan, pasarán por una fase en que necesitarán saber, incluso de un modo doloroso, quién era su padre y cómo era. Tal vez esta charla les ayude a descubrirlo. —Le dije a mi mujer que me aseguraría de que Carnegie Mellon grabara la conferencia—. Te conseguiré el DVD. Así, cuando los niños sean mayores, se lo podrás enseñar. Les ayudará a entender quién fui y qué cosas me importaban.»

Jai me escuchó sin interrumpir y luego me planteó la pregunta obvia: «Si hay cosas que quieres decirle a los niños o consejos que te gustaría darles, ¿por qué no colocas la cámara de vídeo en el trípode y lo grabas aquí, en el salón?».

Ahí me había pillado. O tal vez no. Como ese león en la jungla, mi hábitat natural seguía siendo el campus universitario, ante los estudiantes. «Si he aprendido algo —le respondí—, es que cuando los padres les cuentan algo a sus hijos, nunca está de más un apoyo externo. Si consigo un público que ría y aplauda en los momentos adecuados, tal vez su presencia añada peso a mis palabras.»

Jai me sonrió, a mí, su showman moribundo, y por fin cedió. Sabía que me había desvivido por encontrar un modo de legar algo a mis hijos. De acuerdo. Tal vez esa lección fuera un medio de conseguirlo.

Y así, obtenido el visto bueno de mi mujer, se me planteó un reto. ¿Cómo podía convertir una charla académica en algo que tuviera sentido para nuestros hijos dentro de una década o más?

Tenía muy claro que no quería que la conferencia se centrara en el cáncer. Mi historial médico era el que era y ya lo había repasado una y otra vez. No me interesaba lo más mínimo dar un discurso sobre, pongamos, cómo me había enfrentado a la enfermedad o cómo esta me había reportado nuevas perspectivas sobre la vida. Mucha gente esperaba que la conferencia tratase sobre cómo morir. Pero tenía que tratar sobre cómo vivir.

«¿Qué me hace único?»

Tal era la pregunta que me sentí empujado a plantearme.

Quizá responderla me ayudara a saber qué decir. Estaba sentado con Jai en la sala de espera de un médico del Johns Hopkins, pendientes de otro informe patológico y compartiendo con ella mis pensamientos.

«El cáncer no me hace único», dije. Eso no admitía discusión. Cada año, a más de 37.000 estadounidenses se les diagnostica cáncer de páncreas.

Pensé mucho en cómo me definía a mí mismo: profesor, científico informático, marido, padre, hijo, amigo, hermano, mentor de mis estudiantes. Esos eran los papeles que valoraba. Pero ¿alguno de ellos me diferenciaba de los demás?

Aunque siempre había tenido la autoestima bastante sana, sabía que la conferencia exigiría más que un alarde de bravuconería. Me pregunté: «¿Qué es lo que solo yo puedo ofrecer?».

Y entonces, en aquella sala de espera, me vino de pronto la respuesta. Fue como un destello: con independencia de cuáles fueran mis logros, todas las cosas que apreciaba hundían sus raíces en los sueños y metas que había tenido de niño... y en cómo había conseguido alcanzarlos casi todos. Comprendí que lo que me hacía diferente radicaba en los detalles de todos los sueños —desde los más significativos a los decididamente estafalarios— que definían mis cuarenta y seis años de existencia. Allí sentado supe que, pese al cáncer, podía considerarme un hombre afortunado porque había vivido mis sueños. Y en gran medida los había vivido gracias a lo que por el camino me había ido enseñando toda clase de gente extraordinaria. Si era capaz de contar mi historia con la pasión que sentía, tal vez mi lección ayudara a otros a encontrar el camino que les llevaría a alcanzar sus sueños.

Tenía el portátil conmigo en la sala de espera y, animado por esa epifanía, me apresuré a mandar un correo electrónico a los organizadores de la conferencia. Les comuniqué que por fin se me había ocurrido un título. «Pido disculpas por el retraso —escribí—. Se titulará: “Alcanzar de verdad los sueños de infancia”.»

Título original: The Last Lecture

Primera edición: septiembre, 2008

© 2008, Randy Paush

Publicado originalmente en Estados Unidos y Canadá por Hyperion con el



título The Last Lecture. Esta traducción ha sido publicada por acuerdo con Hyperion. Todos los derechos reservados.  
© 2008, Random House Mondadori, S. A.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona  
© 2008, Cruz Rodríguez Juiz, por la traducción

**Random House Mondadori**

Travessera de Gràcia 4749 08021 Barcelona España  
<http://www.rhm.es>   <http://www.megustaleer.com>